

ANÓNIMO

EL REY DON ALFONSO, EL DE LA MANO HORADADA

PERSONAS que hablan en ella

EL REY DON ALFONSO.

EL REY ALMANZOR.

CELIMO.

TARFE.

ZARA.

ZORAIDA.

ARIAS GONZALO.

DOÑA URRACA.

EL CID.

UN CORREO.

UN CAZADOR.

JORNADA PRIMERA

Salen Celimo y Zoraida

CELIMO

Si sabes lo que son celos,
Zoraida, no me respondas;
¿piensas tú que son mochuelos
o algunas cosas redondas
a manera de buñuelos?

Son celos un no sé qué,
nacidos de no sé dónde
y vienen no sé por qué,
éntranse no sé por dónde,
sin por qué ni para qué.

Son celos una almohaza
que lastima el corazón,
y son de tan mala traza
que comen cual sabañón
y hacen llorar cual mostaza.

Son celos una argamasa
que, no asida bien, se pierde;
es juego de pasa pasa
y es humo de leña verde
que echa a su dueño de casa.

Siendo así, Zoraida altiva,
cuando amor tan mal me trate,
cantaré con voz esquiva:
«Arriba, canes, arriba,
ansí mala rabia os mate.»

ZORAIDA

¿Tal dice un moro andaluz,
hijo de padres gallegos,
a quien Toledo hace el buz?

CELIMO

Y aun juro a Dios y a esta cruz
que estoy por echar reniegos.

ZORAIDA

¿Reniegos? ¿Quién dice tal?

CELIMO

Yo, que siento arder mi casa
desde el techo al albañal.

ZORAIDA

Pues ¿quién causa tanto mal?

CELIMO

Oye, y sabrás lo que pasa.
En el tiempo de los godos,
que no había rey en Castilla,
antes de Pedro Urdimalas
y de Marisabidilla;

antes que Maricastaña,
a fuerza de hechicerías,
hiciese hablar en las selvas
las zorras con las gallinas;
antes del Rey que rabió
por verse corto de vista,
casi eran todas las cosas

como las de ahora mismas.

Iba Tajo por Toledo,
Guadalquivir por Sevilla,
Duero regaba a Zamora,
Júcar a Cuenca la fría,
Guadiana en Badajoz
criaba peces y anguilas,
Tormes truchas en el Barco,
y lo mismo hacen hoy día.

Sólo los hombres barbaban
por bajo de las mejillas,
y las mujeres, Zoraida,
bien así como solían.
Engañaban los roperos,
los cazadores mentían,
ayunaban los hidalgos,
y lo mismo hacen hoy día.

Vivía Roma en Italia,
Valladolid en Castilla,
Londres en Inglaterra
y Monterrey en Galicia;
Zaragoza en Aragón,
Jaén en Andalucía,
en África Fez y Argel,
y lo mismo hacen hoy día.

Hubo sucesos notables
que con los ojos se vían,
mil cosas que en estos tiempos
se alcanzaron con la vista.
Eran falsas las mujeres
como cadenas de alquimia
y los casados celosos,
lo que no hacen hoy día.

Mas ¿para qué te doy cuenta
del Preste Juan de las Indias?,
pues puedes mal conocer
a quien no viste en tu vida.
Vengamos a lo que importa;
digo, amiga, ¡ay!

ZORAIDA

¿Qué?

CELIMO
Mis tripas.

ZORAIDA
¿Qué tienen?

CELIMO
Que las mayores
quieren comerse a las chicas;
en cas de un barbero pueden
pasar plaza de bacías,
que al más diestro cazador
le sirvieran de pretina.

Mas no me diera esto pena
si aquella ingrata enemiga,
más falsa que mula roma
y más que un herrero linda,
más dura que zarabanda,
más compuesta que mentira,
más mirada que un espejo
y más que un mondongo limpia,
se doliera de mis daños.

ZORAIDA
Pues ¿qué, no te hace caricias?

CELIMO
No hay moza gallega alguna
que menos sufra cosquillas.
No responde a mis billetes,
mírame de mala guisa,
y a ese castellano Alfonso
mil mensajeros envía.

Mas yo tomaré venganza,
si no se muere mi tía,
con irme a morir de hambre
y echarme una melecina.
[Hace como que se va.]

ZORAIDA
¿Dó vas, Celimo? ¡Ce, espera!
Pues sin Zara, ¿qué has de hacer?

CELIMO

Sentado en una zalea,
majar esparto y vender
cominos y alcarabea.

(Vase.)

ZORAIDA

¡Oh, mora desacordada!
Malas pulgas te den guerra;
y pues estás opilada
llámete toda la tierra
la bella mal maridada;

no se te cuezan los nabos
por presto que la olla pongas;
fáltete pimienta y clavos;
no se ahíten tus mondongas
de menudillos de pavos.

Pues de un moro tan galán
no deseas ser esclava,
déte matraca la Cava
la mañana de San Juan,
al tiempo que alboreaba.

(Vase.)

Salen el rey Almanzor y Tarje, moro.

REY

Pues alcaide, ¿qué hay de nuevo?

TARFE

Todo es viejo, gran señor:
tiene el enfermo dolor,
sirve amores el mancebo;
canta el gallo, ladra el perro,
rozna el jumento en el prado,
tiene trabajo el casado,
y de Vizcaya traen hierro.

No hay hombre que tenga un cuarto,
ni mujer que esté sin él,
ni buñolero sin miel,

ni paje de comer harto.
Sólo yo entre tantos bienes
y tantas galas al uso
estoy medroso y confuso.

REY
¿De qué?

TARFE
De un dolor de renes.

REY
¿Si te haces preñado?

TARFE
Pienso,
gran señor, que ya lo estoy
por decirte...

REY
¿Qué?

TARFE
A eso voy:
... que el ser cornudo es gran censo.
No hay molino en Guadiana,
ni aceña en el Tajo o Duero
que así le gane dinero
al hombre tarde y mañana.

REY
Tienes razón, y sospecho
que sola esa traza queda
para que la mujer pueda
ser al hombre de provecho
y de su parte aliviar
las cargas del matrimonio.

TARFE
O fue traza del demonio
o vino de allende el mar.
Pero dejando esto a un lado,
bien sabes, rey, que es muy cierto
que el hombre, mientras más vive,
tanto va siendo más viejo.

Y que yo, que ha setenta años
que calzo, que visto y duermo,
aunque más quiera lucirme
no hay tratar de ser mancebo.

Cada día que amanece
(que el amanecer no es nuevo),
por falta de espejo miro
mis barbas en un caldero;
y, viéndome tan barbado
que hago ventaja a un santero,
pienso que es pecado enorme
no revelarte un secreto.

Sabe, Almanzor poderoso,
que ese Alfonso, ese mancebo,
más astuto que una mona
y más sabio que un ventero;

ése que tú llamas hijo
sin mirar que en este tiempo
no se presenta morcilla
a aquél que no mata puerco,

se quiere alzar a mayores,
desvanecido y soberbio,
que el engaño en los pelaires
causa desvanecimiento.

Dice que se sueña rey,
fundado en no sé qué agüero,
como si fuera el reinar
hacer cuartos un carnero.

Mira, Almanzor, por tu vida,
mira, señor, por tu reino,
mira, rey, por tu corona,
por tus vasallos y deudos.

No des ocasión que diga
el mundo, de envidia lleno,
que de puro enamorado
enfermaste de diviesos.

REY

No puedo, moderno alcaide,

dejar de agradecer esto,
que de almas de condenados
está poblado el infierno;
mas ¿cómo podré impedir
tan recamado suceso?

TARFE

Impedirlo es imposible,
que así lo ordenan los cielos,
pero podrás dilatarlo
y ordenar que el mal sea menos.

REY

Supuesto que haya de ser,
dime: ¿cómo?

TARFE

Estáme atento.
Convidarásle a comer
un miércoles en Adviento,
cogiéndole muerto de hambre,
que de ordinario anda hambriento.

Darásle pavos, perdices,
mirlas, tórtolas y cuervos,
cernícalos, gaviluchos,
guacamayos y jilgueros;
avestruces, gorriones,
grullas, milanos, torchuelos,
calandrias, tordos, cuquillos,
oropéndolas, vencejos.

Darásle un buey y un cabrón
(que a fe que no hay falta dellos),
un camello, un dromedario,
un gamo, un corzo, un ternero.

Darásle un delfín, un tollo,
una ballena, un cangrejo,
un camarón, un atún,
un salmón, un congrio entero;
una sardina, un lenguado,
un albur, un abadejo,
un galápago, una ostra
y un besugo de Laredo.

Darásle peras, camuesas,
castañas, uvas y queso,
rábanos, melocotones,
ciruelas, guindas y peros.

Y que a la postre le sirvan
por mondadientes dos cuernos,
que un rey, cuando está enojado,
puede dar mucho más que esto.

Y después de haber comido
tomarásle juramento
que no saldrá de tu casa
sin que tres veces primero
tú le hayas dado licencia.

REY
Cual tuyo ha sido el consejo;
llámale y convidaréle.

TARFE
Yo voy por él al momento.

(Vase.)

REY
Ponerse el rubio sol en el oriente,
y prestarle su luz la casta diosa,
nacer la blanca y encarnada rosa
del fuego altivo en la región caliente;
surcar del mar la espalda trasparente
de elefantes la escuadra numerosa,
y ballenas en tropa y voz gozosa
la seca arena de la Libia ardiente;
dar la perdiz al elefante guerra,
las liebres al león hacer agravio,
huir el lobo hambriento del cordero;
pararse el sol y dar vueltas la tierra,
hasta aquí no lo has visto, pueblo sabio,
ni yo tampoco, a fe de caballero.
Salen el rey don Alfonso, Celimo y Tarfe.

ALFONSO
¿Que el rey mi señor me llama?

TARFE

Su Majestad gusta dello.

ALFONSO
¿Qué querrá?

TARFE
Pienso que brama
por que le quites el vello
a un novillo de Jarama.

ALFONSO
Para cuanto el rey me mande
dispuesto estoy.

CELIMO
Haces bien,
que de un monarca tan grande
vale más que una sartén
diez libras de azúcar cande.

Háblale, Alfonso, a su gusto,
no contradigas su antojo,
que eres galán y robusto,
y si no comes hinojo
te podrás morir de susto.

ALFONSO
Dame tus pies soberanos,
De rodillas.
que pueden con perejil,
quitándoles los tolano,
dar sustento a mil alanos;
corto he quedado, ¡a diez mil!

REY
¡Oh, Alfonso, noble infanzón!,
buena sea vuestra llegada.
¿Habéis hecho colación?

ALFONSO
Verte es cena muy sobrada.

REY
Alzaos Conde de Alcorcón.

ALFONSO

Tu Majestad no consienta
que yo intente tal desorden.

REY (Aparte).
Con esto lavo mi afrenta:
esto es por ponerlo en orden.

CELIMO
¿Mas que le quiere dar renta?

REY
Don Alfonso, levantaos
Marqués de Caramanchel.

ALFONSO
Yo estoy bien, señor.

REY
Alzaos,
que los que artillan las naos
no hacen fruta de sartén.

ALFONSO
No he de alzarme si Su Alteza
no lo mira de otro modo.

REY
Alzaos, Duque de Hortaleza.

CELIMO
Él se lo vendrá a dar todo.

TARFE
Es terrible cuando empieza.

ALFONSO
Cuanto más mi ser levantas
sobre mis humildes hombros,
más arrugados que llantas
y más tiernos que cohombros,
vas, señor, echando mantas.

Con tan nefandas mercedes
me tienes a tu servicio,
cautivo y preso entre redes.

CELIMO

O el rey no está en su juicio,
o sabes lo que pretendes.
Alcaide, vele a la mano,
que es el rey un manirroto
y este Alfonso es un tirano.

TARFE

Celimo, tengo hecho voto
de no ayunar en verano.

REY

¿No os levantáis?

ALFONSO

Gran señor,
no mandes pase adelante
tan excesivo favor.

REY

Pues levantaos Almirante
y mi Chanciller Mayor.

CELIMO

Ya escampa; mejor le lleve
un ángel de patas negras;
¿has visto a lo que se atreve?
¡Quién tuviera aquí mil suegras
para enterrarlas en nieve!

ALFONSO

Pues tanto mi ser abonas,
quiero hacer lo que me mandas.

(Levántase.)

REY

Decid, infante de monas,
¿sabéis muchas zarabandas?

ALFONSO

No, señor, mas sé chaconas.

REY

Huelgo dello; ¿sabéis muchas?

ALFONSO

Con las que sé me entretengo
el rato que no me escuchas.

REY

Por mejor oficio tengo...

ALFONSO

¿Qué, gran señor?

REY

...comer truchas.

ALFONSO

Todo es bueno, si hay espacio.

REY

Sí, mas mejor lo primero.

ALFONSO

No quiero ser Juan Bocaccio.

REY

Después de mañana quiero
que comáis en mi palacio.

ALFONSO

¿Tanta merced?

REY

Ansí pago,
Alfonso, a los que pretenden
mi gusto.

ALFONSO

Soy tu cuartago.

TARFE

Pobre mozo, que te venden
con este fingido halago.
Tú jurarás en tu daño,
y hasta que te veas perdido
no entenderás el engaño.

REY

Vamos de aquí.

Vanse todos y queda Celimo solo.

CELIMO

De podrido

apenas siento el redaño.

¡Oh amor! ¡Oh fuego! ¡Oh desdén!

¡Oh furia! ¡Oh rabia! ¡Oh trabajo!

¡Oh camino de Jaén,

quién te sembrara a destajo

de frutilla de sartén!

Mal haya mora casada

que aunque de orgullo se doma

sale a la plaza rapada

y, no creyendo en Dios, toma

la Bula de la Cruzada.

A Mahoma os encomiendo:

por vergonzoso lugar

a todas eche un remiendo;

ípili, ópele, yo me entiendo,

por aquí se ha de trovar.

(Vase cantando, y salen Zara y Zoraida.)

ZARA

¿Que tan libre y resolutivo

partió Celimo?

ZORAIDA

Señora,

dígame que iba hecho un puto.

ZARA

Si le quemasen ahora,

por fuerza nos darían luto.

¿Que en efeto está celoso?

ZORAIDA

No hay buey con sarna más bravo

cuando está llovido el coso.

ZARA

Quisierame más un clavo

que tenerle por esposo.

¿Y qué te dijo?

ZORAIDA

Dejóme
con la palabra en la boca,
y con desgaire miróme.

ZARA

Yo haré que de coro tome
las quejas de Antonio Roca;
¿has visto a dicha al cristiano?

ZORAIDA

A espulgar se fue a las eras.

ZARA

¿Y eso es cierto?

ZORAIDA

En la una mano
le vi llevar las tijeras
y el arte de canto llano.

ZARA

Hanme informado que canta
con notable melodía.

ZORAIDA

A mí me cantó este día:
«Retraída está la infanta
bien así como solía.»

ZARA

¿Y hácelo bien?

ZORAIDA

Si te place,
que haya su igual dificulto.

ZARA

¿Tanto su voz satisface?

ZORAIDA

Digo, Zara, que lo hace
como una imagen de bulto.

(Sale Celimo.)

CELIMO

Menudas hojas que del aire leve
recibís el continuo movimiento;
mar azul con espalda crespada al viento
cuando animoso en soplos se os atreve;

cielos cuya gran máquina se mueve
forzándole a seguir curso violento;
luna que nos enseñas rostros ciento
en el discurso de un espacio breve;

claro mar, cielo azul y luna llena,
hojas cubiertas de la escarcha helada
que le causáis torzón a cualquier potro:
si a Zara veis, manifestad mi pena;
pero si no la veis, no digáis nada,
que eso me va en lo uno que en lo otro.

Míralas y dice.
¡Oh qué gallarda ocasión!;
quiero asirla del copete,
que Zoraida y Zara son.

ZARA

Zoraida, si él arremete,
luego pido confesión.

ZORAIDA

En viéndole desmandado
mandaré que le destierren.

CELIMO

Temor y amor me han cercado;
unos dicen que le entierren
y otros que no sea enterrado.

Ahora bien, quiero atreverme,
aunque cuando duerme Zara
sé yo que no puede verme;
quizá haciendo luna clara
habrá ocasión de perderme.

(Llega.)

Mora más bella que el cielo,

mora más que un huevo dura
y más clara que una yema,
en pelo y faz blanca y rubia;

mora más que el mentir dulce
y más que el sueño importuna,
más intratable a mis quejas
que una concha de tortuga;

mora más linda que un dix,
más pegajosa que alcuza,
más alta que un chapitel
y más que chinelas lucia,
¿cuándo verás el brasero
donde esta alma se chamusca,
y el agua que dan mis ojos
son la barra de San Lúcar?

¿Cuándo verás mis narices
que de celos estornudan
y a necesidad pudieran
servir de pico a una grulla?

¿Cuándo verás que mi rostro
con virginal verecundia
a la luz de esos dos soles
cual desposado se turba?

¿Cuándo verás que mis piernas
el moreno color mudan
en amarillo, que a veces
pienso que calzo gamuza?
¿Cuándo verás que mi cuerpo
por caniculares suda
como si fuera verano?

ZARA
¿Has dicho?

CELIMO
Sí.

ZARA
Pues escucha:
¿Has visto, al tiempo que en el mar esconde
sus rubias hebras el señor de Delo,

cubrir de luto el cristalino cielo
la enemiga del día? Di, responde.

¿Has visto que, en el mismo lugar donde
bordado estuvo el cristalino velo,
un helado terliz de escarcha y yelo
hace que el campo de verdor se monde?

¿Has visto abrasarse el mismo fuego,
el monte, el prado, y ser del mismo modo
lo que hay desde el Antártico a Calixto?
¿Has visto serenarse el tiempo luego?

CELIMO

Sí, mi señora, ya lo he visto todo.

ZARA

Pues ¿qué se me da a mí que lo hayas visto?
Vanse las dos.

CELIMO

¡Ah, mi señora! ¡Ah, mi bien!
¡Ah, mis ojos! ¡Ah, mi bote,
mi almario, mi palafrén!
¿Por qué tratas con desdén
a este pobre don Quijote?

¡Ah, mi bella Zara!, espera.
¡Ah, mujer escurridiza!
A fe que de otra manera
me escuchara y respondiera
si yo fuera longaniza.

¡Vos tan grande sinrazón!
¿Cómo es posible que muera
quien sabe danzar sin son:
«Yo me era Perito de Utrera,
yo me era Perito de Utrón»?

(Vase cantando, y salen el rey don Alfonso y un cazador.)

ALFONSO

¿Echaste pan a los galgos?

CAZADOR

Sí, gran señor.

ALFONSO

¿Y a la perra
que traje de Inglaterra?

CAZADOR

No come pan.

ALFONSO

Son hidalgos
los perros de aquella tierra.
¿Hasles dado de beber?

CAZADOR

No, señor.

ALFONSO

¿Por qué?

CAZADOR

Es temprano
y bebieron tarde ayer,
y el galgo es como mujer,
que bebe invierno y verano.

ALFONSO

¿Qué hay que llevar de repuesto
para merendar?

CAZADOR

Fiambre
un elefante, en pan puesto.

ALFONSO

Es de ganapán mi hambre,
y me comeré más que esto;
¿y para ti?

CAZADOR

De un cabrito
de diez años, gordo y tierno,
medio asado y medio frito,
llevo una punta de un cuerno.

ALFONSO

No te morirás de ahíto.

¿Hacia qué parte echaremos?,
que querría llevar algo
un día que a caza salgo.

CAZADOR

Hacia donde lo topemos.

ALFONSO

No dijera más un galgo.

CAZADOR

Pues, señor, yo vi un venado
habrá año y medio, y me vio
por detrás de aquel collado.

ALFONSO

Pandero, también vi yo
antaño un niño empañado.
Cantan dentro.
Jecutor de la vara
tiene unas medias
de las altas rocas
de mi firmeza.

ALFONSO

Voz me parece que siento;
escucha con atención,
que, según me ha dado el viento,
o matan algún lechón
o rebuzna algún jumento.
Sale el Correo.

CORREO

Dios guarde a la gente honrada.

ALFONSO

Vengáis, amigo, en buen hora;
¿dónde vais de madrugada?

CORREO

Señor, vengo de Zamora
a Toledo en embajada.

ALFONSO

¿A quién la traéis, zamorano?

CORREO

Al infante don Alfonso,
que es desde hoy rey soberano,
porque a don Sancho, su hermano,
le han dicho el postrer responso.

ALFONSO

¡Ay, don Sancho, hermano amado!
¿Posible es que tal escucho
sin caerme de mi estado?
Dime, alma de gavilucho,
¿de qué mi hermano ha finado?

CORREO

¿Que Su Alteza es el infante
a quien yo vengo a buscar?
[Se arrodilla.]

CAZADOR

¿No lo ves en el semblante?

CORREO

Dame licencia de hablar.

ALFONSO

Levanta, y pasa adelante.

CORREO

Sabrás, escosido Alfonso,
si vives y estudias mucho
(que el saber es como el nabo,
que quiere tiempo y estudio),
que el rey don Sancho, indignado
del acuerdo mal maduro
de don Fernando, tu padre,
que vivió lo que a Dios plugo,
puso ejército cruel
sobre los altivos muros
de la ciudad de Zamora
un martes después de julio.

Estaba el sol en el cielo
y, a lo que nos dijo un brujo,
era señal de calor
y de hacer el tiempo enjuto.

Túvolas Zamora tiesas,
que, a ser sus torres de engrudo,
según la furia del rey,
no podían durar mucho.

Y los nobles zamoranos,
con andar los más ayunos,
mostraron al rey las manos
coronadas de pantuflos.

No faltó un traidor gallego
que, por antojo o por gusto,
hiciese por malos medios
lo que por buenos no pudo.

Salióse de la ciudad
sentado en un asno rucio
como quien iba a las viñas
a coger escaramujos.

Llegóse hacia su real,
saludó al rey y a los suyos,
prometiendo dar entrada
por un portillo, aunque sucio.

Fióse de su palabra,
y en cuerpo y medio desnudo,
partió con él a Zamora:
no lo hiciera un avechucho.

Quiso la desgracia nuestra
que anduviese el rey con pujo
de achaque de haber cenado
la noche antes nabos crudos.

Quiso hacer aguas mayores,
y para hacerlas se puso
apartado del camino
veinte pasos o veinte y uno.

Dióle a guardar el venablo
al traidor, que hasta aquel punto
nunca dijo bu ni ba
ni despidió el estornudo.

Y él, viendo ocasión tan buena,

con una fuerza de un bruto,
el fuerte venablo arroja:
¡ojalá diera en un turco!

Pasóle de parte a parte
cual si le tirara un junco,
que el rey era de manteca
y el que le tiraba, zurdo.

Diéronle voces al rey
desde un andamio, mas puso
a las espaldas las voces:
no anduvo en esto machucho.

Quedó bañado en su sangre,
cubrióse el campo de luto,
y entre dos sacas de paja
le llevaron en un burro.

Don Diego Ordóñez de Lara
y el Cid están corajudos,
y a los de Zamora retan
llamándolos Quintos Curcios.

Gran señor, si no vas presto
podrá ser que halles el mundo
como se estaba ahora un año,
y lo propio el reino tuyo.

ALFONSO
¡Oh, traidor de baja ley!
¿Posible es que hicieses tal?
¿Piensas que es dar muerte a un rey
poner a un asno el pretal
o dar de comer a un buey?

Pues si yo llego a Zamora
morirás de perlesía,
aunque sea tu intercesora
Fátima, la reina mora
que reinaba en Almería.

CORREO
Partamos, señor, ¿qué aguardas?
Si esta ocasión te da el cielo,
ponte en Zamora en un vuelo.

ALFONSO

¿De un vuelo? ¿Son avutardas?

CORREO

Ven, señor, pian pian,
que no está el camino bueno
y se anda con grande afán.

ALFONSO

Demos la vuelta a Toledo.

CORREO

Si nos sienten, ¿qué dirán?

ALFONSO

Digan lo que ellos quisieren;
con juramento juré
no me ir, si no me vieren,
y se ha de cumplir mi fe,
y venga lo que viniere.

Vuelve a Zamora y trairás
dos potros de carne magra
y con ellos llegarás
a la Puerta de Bisagra,
y escondido aguardarás.

Que yo trazaré de modo
que, cumpliendo el juramento,
saquemos el pie del lodo.

CORREO

Yo, señor, parto al momento.

ALFONSO

Y yo lo cumpliré todo;
y pues es ya por San Juan
traerás contigo unos rábanos.

CORREO

Traeré rábano y pan.

ALFONSO

Vámonos, que nos pican tábanos;
vámonos, que nos picarán.

JORNADA SEGUNDA

Sale el rey don Alfonso solo.

ALFONSO

Frondosos, altos y apacibles árboles
en cuyas espaciosas ramas fértiles
anidan las pintadas oropéndolas,
cuyos pimpollos tiernos aromáticos
contino juegan capadillo y quínolas;
corrientes aguas cuyo curso rápido
va por prados en verso celeberrimo,
murmurando entre dientes matemáticos
de los secuaces tordos y cernícalos;
yerba menuda que entre ocultos céspedes
coronada de frígidos carámbanos
fue posada apacible de morciégalos;
árboles, aguas, peñas, yerbas cálidas,
oíd atentas mis pasiones pálidas:

Hoy hace treinta días que el ligero
correo de mi reino (que con gárgaras
vino luego a pedirme las albricias
del nuevo heredamiento y fin ridículo
de mi hermano don Sancho) partió a Nápoles,
y no he tenido aviso si en el ínterin
ha habido novedad o algún escándalo.

¿Mas que sería que a los muros célebres
de esta imperial ciudad, en noche lóbrega,
llegado hubiese mi correo benévolo,
con amigables bestias cuadrúpedas,
como los circunstantes, verbigracia,
y, por no haber salido, hubiese vuéltose?

Gente suena, el rey es; entre estos rábanos
echarme quiero y escuchar las pláticas
y ver en lo que paran las premáticas.
(Échase a dormir. Sale el rey Almanzor, Celimo y Tarfe, moros.

REY

¡Terrible es la fortaleza
desta famosa ciudad!

No pienso se halla tal pieza,
ni de tanta calidad,
de Fuencarral a Hortaleza.

Gran ventaja hace a Sevilla,
a Córdoba y a León,
pues son, por gran maravilla,
sus muros de requesón,
sus torres de mantequilla.

De asaltos y de rebatos,
por su diamantino muro
y sus cortesanos tratos,
está el pueblo más seguro
que longaniza entre gatos.

Imposible es que se allane
ni que de su valor tuerza
por más que su ser humane,
ni pienso habrá quién la gane
si no es por hambre o por fuerza.

TARFE

Fuerte es, poderoso rey,
mas no tanto como piensas,
que el amor no guarda ley
y más cuando en las despensas
venden morcilla de buey.

Dame tú que el enemigo
pusiese cerco cruel,
y talando vino y trigo
hiciese otro río de miel
y un muro de pasa y higo,
y con dos o tres millones
de soldados de a mil años
batiese los torreones
y untase de ungüento y baños
rosquillas y canelones,
y sin dejar sosegar
la gente de que hoy se ampara,
la entrase por tierra y mar,
que cuando él no la ganara,
se quedara por ganar.

CELIMO

Tarfe lo ha dicho muy bien;
mas ¿quién hay tan poderoso,
de Roma a Jerusalén,
que combate tan costoso
intente, con qué o con quién?

Sólo las moras doncellas
bastarán a defender
la ciudad de sus querellas.

TARFE
Celimo, es grande el poder
del cielo y de las estrellas.

ALFONSO
Él por siempre sea bendito.
¡Por qué extraordinario modo
podré, sin ser infinito,
restaurar mi reino todo!

REY
Hablad algo más pasito,
que podrá ser nos escuche
quien no pensamos, y luego
vaya a otra parte y desbuche.

CELIMO
Un hombre hay, si no estoy ciego,
detrás de aquel acebuche.

REY
Mira pasito quién es
y qué hace.

ALFONSO
Aquí conviene
engañar a todos tres.

CELIMO
Don Alfonso es, y tiene
cruzados entrambos pies;
no hayas miedo que en su vida
diga lo que estás tratando.

REY
¿Hasle dado alguna herida?

CELIMO

No, sino que está roncando
como una puerca parida.

TARFE

Con todo es muy fácil cosa
engañar tres cortesanos.
Fingirá ahora que reposa,
que tienen estos cristianos
más mañas que una raposa,
y si oye nuestras razones
y no está con su costumbre,
es abrir puerta a traiciones.

CELIMO

Yo tengo plomo en la lumbre
para hacer los perdigones;
echémoselo en la mano,
que si el brazo me retira
su fin no es del todo sano.

REY

Hablaste como un enano
que vive a la Puerta Elvira;
ve por el plomo.

CELIMO

Yo voy.

(Vase.)

REY

Buena traza ha sido aquesta:
a Mahoma gracias doy.

ALFONSO

Ello una mano me cuesta,
mas yo mostraré quién soy.

Sale Celimo con un cazo lleno de puches.

CELIMO

Ya está aquí el plomo.

REY

Pues echa
un poco, antes que se enfríe,
sobre la mano derecha.

TARFE
Yo apostaré no se ríe
después de la burla hecha.

(Échanle en la mano un poco y levántase Alfonso, y dice:)

ALFONSO
¡Cuerpo de Dios con mi abuela!
Por Jesucristo que deje
al rey sin diente ni muela.

REY
¿Quéjase?

ALFONSO
¿Es mucho me queje,
tratando de esta manera?

REY
¿Pues ha de quejarse un godo
aunque todo se desangre?

ALFONSO
Yo aquejarme me acomodo,
y tú llévate esta sangre
porque no se pierda todo.
Dale con los puches al rey en la cara y vase.

REY
Rabiando va de dolor.

CELIMO
Buena burla le hemos hecho.

TARFE
Limpia las barbas, señor.

REY
¿Ensangrentóme?

TARFE
Sospecho

que es sangre de mal olor.

REY

Sin duda estaba dormido:
¿no veis cuál se levantó
sin tiento y despavorido?

TARFE

Mas ¿cómo no preguntó
el fin, ni por qué había sido?

CELIMO

Tal le debió de dejar
el dolor.

REY

Pésame de ello,
que es muy pesado burlar
con fuego.

CELIMO

No cairá vello
tan presto en aquel lugar.

REY

Muy a gusto se ha hecho todo;
yo voy seguro y contento
de que ni alarbe ni moro
no me echará de mi asiento.

TARFE

Vamos, limpiaréte todo.

(Vanse y sale Zara.)

ZARA

Temores mal nacidos,
sospechas tristes de mi mortal daño,
pues ya sois conocidos,
no me matéis hogaño,
que el que viene tendré mayor redaño.

De Alfonso, mi querido,
pienso que he de perder la compañía;
seré otra triste Dido,
que ya no podré ser la que solía,
pues tengo por mi daño

lo que dirá quién soy antes de un año.

¿Qué hará mi Alfonso ahora?
¿Si habrá comido o si estará en ayunas?
¿Si pensará en Zamora?
¡Ay, penas importunas,
más amargas que verdes aceitunas!
Mas que estoy puesta en calma.

¿No es mi príncipe aquel? Venir le veo;
dadme albricias, mi alma,
pues me enseña el deseo
bailar la zarabanda y el guineo.
Sale Alfonso con la mano revuelta de trapos.

ALFONSO
¡Válgame Dios, cómo tarda
el zamorano correo!

ZARA
¡Oh, centro de mi deseo!

ALFONSO
¡Oh, Zara bella y gallarda!

ZARA
¿Qué tal os sentís?

ALFONSO
Muy malo,
aunque está la llaga entera.

ZARA
Sabe el cielo que quisiera
veros colgado de un palo.

ALFONSO
Eso, mi señora, tengo
por servir y agradecer;
mas yo lo daré a entender
si sólo un mes me detengo.

ZARA
Pues ¿dó queréis ir, infante?

ALFONSO

Señora, a cazar mochuelos.

ZARA

¿Decíslo por darme celos?

ALFONSO

No digo, a fe de tu amante.

ZARA

Moriréme yo sin vos
y pedirános mi muerte.

ALFONSO

Mi Zara, pues, de esa suerte,
antes yo enferme de tos.
Den a mis años torzón,
sarna ocupen mis becerros,
rabia me maten los perros
y un águila mi falcón.
Y si para darme quejas
hallares en mí ocasiones,
cúbrame de sabañones
de los pies a las orejas.

ZARA

Antes, mi Alfonso querido,
que yo tal desgracia vea,
se ablande la borra y lana
y se endurezcan las piedras.

Antes que en tu cuerpo hermoso
(que a un costal de paja afrenta
en buen talle y gallardía,
en buen aire y gentileza)
yo vea sarna, sabañones,
lamparones y viruelas,
tiña, arestín y diviesos,
dolor de costado y secas...

a los viejos se le caigan
de cuatro en cuatro las muelas,
arrúguenseles las caras
y se les pelen las cejas;
acórteseles la vida
y las narices les crezcan;

sépales el vino mal
y bien el agua les sepa,
que, mi Alfonso, en tu ausencia
ni el fuego enfría, ni el granizo quema.

Haga calor en verano,
en febrero y abril llueva,
y a poder de agua y de sol
maduren las berenjenas.

En figura de avechucho
baje el Austro por las selvas,
y entre espárragos y uvas
responda el eco en las cuevas.

Brame el toro enamorado
porque llevó la becerra
el Preste Juan de las Indias,
caballero en una cebra.

Murmuren los labradores
de quien el reino gobierna,
que por no haber zanahorias
cayó su perro en la alberca.

Y, en fin, zanahoria, perro,
labrador, toros y selvas,
sol, avechucho y verano,
si tú te vas, se entristezcan,
que, mi Alfonso, en tu ausencia
ni el fuego enfría ni el granizo quema.

ALFONSO

Enjugad aquesos ojos
(¡válgate el diablo por perra!), (Aparte.)
que podéis creer que os amo
cual merecen vuestras quejas.

Y si no es mi amor más firme
que para el fuego la cera,
me caigan las maldiciones
que pronunciare mi lengua.

Plegue al cielo, Zara hermosa,
no lleven fruto las piedras
más que si fueran de acero,

aunque más siembren en ellas.

Plegue al cielo que no lleve
agua el prado, el río yerba,
ni halle por enero guindas
ni por el mayo amacenas.

Y si fuere sin dineros
por medio Sierra Morena,
me salgan quince ladrones
y medejen sin moneda.

No vea de noche el sol,
ni de día las estrellas,
ni halle vino en el pozo
ni gota de agua en la cueva.

Halle abierto el bodegón
cuando más hambre padezca,
y lo que entonces comiere
en sustancias se me vuelva,
y permitan los cielos, Zara bella,
que si cierro los ojos no te vea.

Venga en octubre el otoño,
en abril la primavera,
en julio caniculares
y en febrero la Cuaresma.

Póngase el sol a las tardes
poco después de Completas,
y no salga hasta otro día
antes de tocar a Tercia.

Si acaso se me antojaren
algunos higos o brevas,
si fuere por Navidad
no los halle en las higueras.

Y si estuviere cansado,
cuando sentarme pretenda,
si el banco estuviere bajo
se me endobleguen las piernas.

Y, en fin, higueras y higos,
acero, guindas y cera,

el agua, la yerba y prado,
ladrones, Sierra Morena,
otoño, caniculares,
bodegones y bodega,
si no te cuento verdad
sobre mi inocencia vengan,
y permitan los cielos, Zara bella,
que si cierro los ojos no te vea.

(Sale Celimo.)

CELIMO

Desesperado y celoso
vengo, quizá por mi daño,
a buscar un desengaño.

ALFONSO

Aparta del rostro hermoso,
Zara, el recamado paño;
no eclipses tus dos luceros,
cuya luz esta alma adora:
quiebra en mí tus huevos güeros.

CELIMO

¡Vive Dios, que está la mora
haciendo por él pucheros!

ALFONSO

No añubléis el claro cielo.

ZARA

Pues me dais tan malos ratos
y me dejáis sin consuelo,
yo me arrastraré en el suelo
y ensuciaré mis zapatos.

ALFONSO

No hagas tal, mi Zara bella,
que es agraviar tu beldad.

CELIMO

Y él también llora por ella:
¿viose tan grande maldad?

ALFONSO

Eres mi sol.

ZARA
Tú mi estrella.

ALFONSO
Tú mi cielo.

ZARA
Tú mi almario.

ALFONSO
Tú mi gabán.

ZARA
Tú mi alforja.

ALFONSO
Tú mi orinal.

ZARA
Tú mi antorcha.

ALFONSO
Tú el mar.

ZARA
Tú mi boticario.

ALFONSO
Mi espetera.

ZARA
Mi arcaduz.

ALFONSO
Mi almofrex.

ZARA
Mi gerifalte.

ALFONSO
Mi luminación.

ZARA
Mi esmalte.

ALFONSO
Mi ballesta.

ZARA
Mi arcabuz.

ALFONSO
¿Quiéresme mucho, mi bien?

ZARA
Quiérote mil veces mucho.

CELIMO
¿Quién sufrirá lo que escucho?
¡Ah, Zara!

ZARA
¿Quién llama?

CELIMO
Ven,
que la reina está esperando
ha rato.

ZARA
Bien, perdona.

ALFONSO
Soy tu mico.

ZARA
Yo tu mona.

ALFONSO
Mahoma sea de tu bando.
Vanse Zara y Celimo.
¡Válgate el diablo la perra,
si de ti puedo apartarme!
¿No es bueno que ha dado en darme,
a título de amor, guerra?

Sale Celimo.

CELIMO
Si no estás de prisa, Alfonso,
hoy, entre cosas mayores,

acerca de mis amores
te quiero hablar un responso.

ALFONSO
Siempre estoy desocupado
para servirte.

CELIMO
Eso estimo.

ALFONSO
Di lo que quieres, Celimo.

CELIMO
Temo mucho el darte enfado,
aunque tengo razón mucha;
no sé si quieras oírme.

ALFONSO
¿Pues qué tienes que decirme?
Dilo presto, acaba.

CELIMO
Escucha.
Habrá cosa de mil años
los ojos de Zara vi;
lo que sentí en ver sus ojos
no hay que referirte aquí;
basta decir que su vista
me pareció ajenjolí.

Tampoco habrá que decirte
que no es deuda del sofí,
y que tuvo un primo zurdo
que nunca rezó a San Gil.

Dejo aparte el haber sido
parienta del quis vel qui,
y saberle de memoria
desde el principio hasta el fin.

Y así, para no cansarte,
sólo quiero referir
lo que nos pasó a los dos
después que ella me vio a mí.

Contentáronle mis barbas,
que, aunque ahora estoy así,
fue muy lampiña mi madre
y yo sin barbas nací;
hasta venir tú a Toledo
favores me hizo cien mil
de cintas, y de cabellos
más de medio celemín.

Mas después que ella te vio
no hace más caso de mí
que el Papa de un labrador
y el rey de un maravedí.
Bien sé, noble infante Alfonso,
que no merece servir
ella a tus pajes de espuela
de hacerles el perejil.

Pero temo, con todo eso,
que amor es como albañil,
que tiene las manos blancas
y tiznan como el candil.
Mira, Alfonso, tu nobleza,
que eres pariente del Cid
y puedes con Almanzor
en mostachos competir.

Ésta es una mora infame,
nacida en Almonacid,
engendrada en un rastrojo,
hecha en un zaquizamí.
Siempre amanece en ayunas
y duerme sin escupir,
y aun le huele mal un ojo:
no lo quisiera decir.

Su padre fue buñolero
y su abuelo fue alguacil,
su bisabuelo corchete,
su tatarabuelo un vil.
Mira tú con tantas tachas
(sin otras que, por suplir
la prolijidad, no digo)
cómo irá a Valladolid.

No lo he dicho por enojo

que contra ella concebí,
sino por quererla mal
y quererte bien a ti.

ALFONSO

Bien muestras, Celimo amigo,
la nobleza de tu pecho,
y que todo aquesto has hecho
por estar tan bien conmigo.

Mucho mi linaje ensalzas,
aunque mucho más merezco,
y en recompensa te ofrezco
un jergón de medias calzas.

Y por que más te asegures
en tus antojados celos,
como por los altos cielos
y tu Mahoma me jures
de no decir a ninguno
lo que te dijere aquí,
yo haré cómo por mí
goces tu dueño importuno.

CELIMO

¿Cómo dar parte? Burlando,
me corro de que eso digas.
Por el colete y las figas
del escudero de Orlando;
por los huesos de la Cava,
por el Coliseo de Roma,
por las barbas de Mahoma
y el muro de Calatrava;
por el freno y espaldar
del gran caballo de Troya,
por el sepulcro y la hoya
del valeroso Anibal;
por mi madre, por mi abuela,
de no decir, noche o día,
al rey esta boca es mía.
Dime tu intención.

ALFONSO

Diréla:
Sabrás, valeroso moro,
que habrá seiscientos veranos

que yo nací tan chiquito
que no calzaba zapatos.

Cuando yo quise nacer,
mi madre estaba de parto,
que mi padre no paría
porque no estaba preñado.

Fue un año que por caminos
iban a Burgos los carros,
cuando se daban las piedras
en las calles con los cantos.

En mi propia vecindad
se vio aquel año un milagro,
que habló, estando a la mesa,
una niña de quince años.

Y estando junto al concejo,
y el cielo sereno y claro,
se vio caer de repente,
yendo por vino, un muchacho.

Y como habían sucedido
cosas tan dignas de espanto,
quiso la naturaleza
mostrar en mí otro más raro.

Y fue que saqué primero
que la cabeza la mano,
que estaba por la muñeca
asida y pegada al brazo.

Viendo tan notable monstruo
mis abuelos consultaron
con los más sabios que hubo
de Leganitos al Rastro.

Dijo uno que era señal
que sería boticario,
que los de este oficio tienen
en los almoreces manos.

Dijo otro que relojero
de los de rueda, fundado
en que para ver las horas

también tienen estos manos.

Otro que bodegonero,
y que gastaría ordinario
manecillas de cabrito
que, aunque pequeñas, son manos.

Uno, en fin, de más edad
y el más experimentado
(porque entre hombres de letras
no es gordo el que está muy flaco)

dijo ganaría a Toledo,
esto en virtud de una mano
que me abrasarían con fuego
porque estaba el sol en Cancro.

Lo uno ya está cumplido,
para lo otro estoy manco,
que di la palabra al rey
(¡mal haya quien trata engaños!)

de no salir de Toledo
sin que él me haya mandado
que me vaya, esto tres veces,
y así estoy juramentado.

Si tú ordenases un juego
donde yo entrase cantando,
yo le enfadaría de suerte
que lo mandase, y aun cuatro.

Dejaréte a Zara libre
y, si gustareis, entrambos
iréis conmigo a Zamora
donde aprendáis canto llano.

CELIMO

Dame esos pies; si eso cumples
podrás echarme ese y clavo,
que al rey yo le haré que juegue
al ajedrez en palacio.

ALFONSO

Tuya será Zara y yo
quedaré por renacuajo.

CELIMO

Yo voy a dar traza desto,
que no va este enredo malo.

(Vase.)

ALFONSO

Si éste socorre mi intento
y yo de Toledo salgo,
verá Almanzor lo que valgo
entre buñuelos de viento.

Mas no sé cómo no viene
mi correo deseado;
sin duda, pues no ha llegado,
no ha partido o se detiene.

Pero ¿no es aquél que viene
con su lancilla y alforja?
Ya mi pensamiento forja
que llega y no se detiene.

(Sale el Correo.)

CORREO

Gracias a Dios que te he hallado,
que ha que te busco tres días,
medio borracho.

ALFONSO

Tenías
lo más del camino andado.
¿Qué hay de nuevo por allá?
¿En qué estado están las cosas?
¿Hay muy grandes mariposas?

CORREO

Ésta por mí lo dirá.
Dale la carta.

ALFONSO

¿Cúya es?

CORREO

De tu hermana Urraca.

ALFONSO
¿Cómo queda?

CORREO
Con jaqueca.

ALFONSO
¿Está muy gorda?

CORREO
Más seca
y más sutil que una estaca.

ALFONSO
¿Duero pasa todavía
por do solía pasar?

CORREO
Sí, señor, y hacia la mar
va corriendo cada día.

ALFONSO
¿Viene muy mojado?

CORREO
Mucho,
y más que los días pasados:
con las aguas y nublados
vino un notable aguaducho
y se llevó de camino
cuanta agua pudo coger.

ALFONSO
¿Murió alguno?

CORREO
Una mujer.

ALFONSO
Más falta hiciera un pollino;
ahora veamos qué dice
mi hermana.

CORREO
Tu Alteza vea

lo que dice y me la lea,
porque no me aromadice.

ALFONSO
[Lee la carta.]

«En pérdida tan grande como la del rey mi señor, que Dios tiene, el consuelo que queda, que no es cada día, es que en su lugar ha quedado V. M., de quien esperamos que hará lo que quisiere, como nuestro rey y señor. Ahí van los rocines; no están muy gordos porque son enamorados, mas tienen lo que han menester para lo que se pretende, que es ser callados. V. M. los honre y acaricie como quisiera que lo hicieran con su persona, si fuera rocín. Guarde Dios a V.M. De Zamora hoy martes a mediodía, después de cenar. Doña Urraca.»

Esto viene muy a cuento.

Vete a la Vega y espera
a los pies de una escalera
que yo bajaré al momento.
Para poder desasirme
sólo falta la licencia,
y ya voy a despedirme...

CORREO
Dice bien, en mi conciencia.

ALFONSO
...y luego podré partirme.

CORREO
Yo voy a herrar los caballos
por no aguardar a después.

ALFONSO
Hazlos herrar al revés
y ve a almorzar unos callos.

CORREO
¿De herradura?

ALFONSO
No, pandero.

CORREO
¿Pues de qué?

ALFONSO
De mondongada.

CORREO
Voy por ello a la posada.

ALFONSO
Yo también entrarme quiero.

(Vanse y salen el rey Almanzor y Tarfe, con un tablero de damas.)

TARFE
Para que entienda Su Alteza
que si juego con cuidado
le puedo dar una pieza,
traigo ya el juego entablado.

REY
Pues asíéntate y empieza.
Siéntanse a jugar.

TARFE
Éste tengo de ganar,
y tras éste cuatro o cinco.

REY
Mas nonada.

TARFE
¿Qué va?

REY
Un brinco
para el turbante, a pagar,
y comienza, que esta treta
no la habías visto hasta ahora.

TARFE
Por la reina, mi señora,
que he de ganar.

REY
Pues aprieta,
y haz como leal vasallo,
que va la honra a este juego:
juega a gusto y con sosiego.

TARFE

Jugar quiero este caballo.

REY

Soy un asno.

TARFE

Ya lo veo.

REY

Paciencia, vuelvo a entablar.

Digo me pueden echar
un grande albardón.

TARFE

Sí creo.

Sale Alfonso con una guitarra, y ellos están jugando.

ALFONSO

No he venido a muy mal tiempo,
que jugando el rey está;
y si pierde no querrá
que cante por pasatiempo.
Canta lo que quisiere.

REY

Donosa voz, en verdad,
para un buen renegador;
vete de ahí, revolvedor.

ALFONSO

Yo me iré de la ciudad.
Vuelve a cantar.

REY

Bien canta, si lo dejase.

TARFE

¡Lo que parece a su tía
en la voz!

REY

Pues cantaría
mejor si no porfiase:
mas canta mal y porfía.

¡Vete en buen hora, por Dios,
Alfonso, y jugar me deja!

ALFONSO

No podrás dar de mí queja,
Almanzor, que ya son dos.
Vuelve a cantar.

REY

Alfonso, ya andas grosero,
pues desgraciado me ves;
vete de ahí, si no quíes
que te dé con el tablero.

ALFONSO

Ya tercera vez lo dijo,
tres veces me lo ha mandado,
y pues cumplí lo jurado
no quiero ser más prolijo.
Voy, que aguardándome están
armas, caballo y dinero,
en hábito de romero,
no me conozca Galván.

(Vase)

REY

Ya parece que me enmiendo;
¿esas tretas son jugadas?

TARFE

Yo, señor, en las tocadas
de Tu Alteza me encomiendo,
y a no tener yo diviesos
pensara, así Alá me guarde,
llevar ganado esta tarde
para un pollino sin sesos.
Dan voces dentro diciendo: «Que se va, que se va».

REY

¿Quién altera mi palacio?

TARFE

Yo iré a saber lo que pasa.
Vase Tarfe y sale Zoraida.

ZORAIDA

¿Estáse ardiendo tu casa,
rey, y juegas muy de espacio?

REY

Pues, Zoraida, ¿hay novedad?

ZORAIDA

Muy grande.

REY

Di lo que ha sido.

ZORAIDA

Que el infante Alfonso es ido.

REY

¿Adónde?

ZORAIDA

No sé, en verdad;
sólo sé que por el muro
se descolgó en un capacho.

(Sale Tarfe.)

TARFE

Al fin era éste hombre macho
y siempre lo bebía puro.

REY

¿Quién va con él?

TARFE

Un su primo
en figura de correo;
y a lo que dicen, y creo,
el nuevo alcaide Celimo.
Solté un sacre y una perra
tras ellos, mas fue muy poco.

REY

La risa me vuelve loco.
Toca al arma, guerra, guerra;
tocad aquesas cajas y trompetas,
que se fue sin echarme unas soletas.

JORNADA TERCERA

Salen la infanta doña Urraca, Arias Gonzalo y el Cid.

ARIAS

Enjuga, infanta, la faz,
maguer que el plañir es justo,
que en un semblante robusto
no parece bien llorar;
si plugo al cielo llevar
al nuestro rey justo y santo,
con el vuestro triste planto
no lo podréis remediar;
enjugad las trenzas de oro
y las mejillas de grana,
que Elvira, la vuestra hermana,
guindas yanta alegre en Toro.

URRACA

Yante ella lo que más guste,
que yo, afligida y cuitada,
nacida en hora menguada,
la víspera de Santiuste,
he de arañarme.

ARIAS

Inhumano
es ese rigor; no intentes
tal desaguisado.

URRACA

Dientes
me quedan, pueblo inhumano:
con los dientes he de dar
bocados en un cerrojo.

CID

No toméis, infanta, enojo,
que ocasión habrá y lugar
para que te arañes toda
de la cabeza a los pies,
y tratemos de la boda
y maltrátate después.

URRACA

Ya estoy un poco más mansa,
y el dolor se va aflojando.

CID

Cualquiera dueña, en fablando
de desposorio, descansa.
Atended a vuestro gusto,
doña Urraca, por ahora,
que se quejará Zamora
que non facéis lo que es justo.

Y si os cansan los chapines,
en el mi trotón rodado
podéis saliros al prado
a caza de matachines.

Si la bayeta os enfada,
poneos un verde monjil
de Bretaña o toronjil;
y si no, no os pongáis nada.

Lo que es mi persona, y renta,
está, infanta, al mandar vuestro,
que nunca da el cielo nuestro
favor como estar contenta;
que aunque pobres, somos godos.

URRACA

Yo os lo agradezco, por cierto,
porque aunque mi hermano es muerto,
en Madrid continuo hay lodos.
¿Cómo os va de los diviesos?,
decid, famoso Rodrigo.

CID

Los de abajo del ombligo
todavía se están tiesos;
el de junto a los ojetes
del jubón está más blando.

URRACA

Idlos de continuo untando
con aceite de corchetes;
un poco azafrán en piedra,

con unos mocos de mona,
molido bien en tahona,
con unas hojas de yedra
es muy gran madurativo;
mas si queréis abreviar
la cura, yo os quiero dar otro.

CID

La merced recibo.

URRACA

Tomad de hongos un serón,
y en un puchero a la lumbre
los coced en media azumbre
de agua, en fuego de carbón;

ponedlos de medio a medio
del fuego, y habéis de hervillos
hasta que los dos cuartillos
queden en azumbre y medio.

Tomaréis al día de aquestos
seis arrobas y unos baños,
que si los tomáis cien años
no vos moriréis tan presto.

CID

El cielo te dé deleite,
bella infanta soberana;
envía a mi casa mañana
por una criba de aceite
que estoy muy agradecido
del consejo que me das.

URRACA

Pruébalo a hacer y verás
trabajo y tiempo perdido.

(Sale el Correo.)

CORREO

Gracias al cielo que llego
a tus soberanos pies.

URRACA

¿Quién eres?

CORREO

¿Ya no conoces
a Bustillo el Montañés?

URRACA

¡Oh, amigo! ¿Qué hay de mi hermano?

CORREO

Yo, señora, lo diré.

URRACA

Dilo presto; pues ¿qué faces?
¿Quiés verme muerta a tus pies?

CORREO

Con la carta y los rocines
que me diste antes de ayer
partí habrá cuarenta días
a la ciudad de Jaén.

No hallé allá al rey, mi señor,
porque en su vida allá fue,
mas hallé un sacristán tuerto
que no supo decir dél.

Diome cartas de favor
para el convento de Uclés,
pero no llevaban porte
y en el Tajo las eché.

Cansáronse los rocines
antes de entrar en Jerez:
no me espanto, estaban flacos
y iban casi siempre a pie.

Traté allí de regalarlos,
que había buen alcacer:
quedaron tiesos y lucios
y más gordos que un papel.

Andando por mis jornadas
al gran Toledo llegué,
que no importan barbas rucias
a quien tiene amor y fe.

Como no sabía las calles
andaba hecho un palafrén,
del Alcázar a la Vega,
del Barco a Zocodover.

Muchos topé por las calles
que no pude conocer,
que si amor es verdadero
no repara en interés.

En fin, un jueves alegre,
víspera de amanecer
(que el jueves allá en Toledo
después del miércoles es),

hallé en palacio a tu hermano
y, a lo que pude entender,
había rato que esperaba,
porque el pensar no es saber.

Quisimos salir de noche
mas los porteros del rey
habían cerrado las puertas:
¡mal haya quien fía en mujer!

Echámonos por el muro,
en un cestón grande el rey,
yo entre dos sacas de paja:
¿quién vio tan lindo entremés?

Partimos a más andar
y al punto de amanecer
había más de media hora
que el reloj daba las diez.

Sintieronlo del Alcázar
y quisiéronnos prender,
pero como éramos pocos
no pudieron ni hubo quién.

Con salud viene tu hermano,
aunque del mucho correr
pienso que vendrá escocido,
y así será menester
que prevengan albayalde
y trapos que le poner,

que para mí, que soy calvo,
bastan estopas y pez.

URRACA

Amigos, mi hermano viene;
como fidalgos faced;
no es justo que así nos halle,
a su servicio atended.
Salgámosle a recibir.

ARIAS

Bien ha dicho su merced.

CID

Vamos, que es muy justo, y yo
voy a hacer mi menester.

(Vanse, y salen Celimo y Zara.)

CELIMO

¿Hasta cuando, Zara hermosa,
dejarás de darme pena?
¿Cuándo serás berenjena?
¿Cuándo serás mariposa?

¿Cuándo verás que te quiero,
y si no, mirando en puntos,
andaremos siempre juntos
como cajas y tintero?

ZARA

Celimo, en vano te cansas:
tus males son sin compás,
que me encolerizas más
cuando piensas que me amansas.

Aunque más tu amor me diga
será negocio escusado
mientras no diere un bocado
al infante en la barriga.

CELIMO

Pues porque veas te estimo,
y que procuro agradarte,
y que en amar Durandarte
no hizo ventaja a Celimo,

si quieres iré contigo
en venganza de tu agravio:
verás cuál te desagravio
y vengo de tu enemigo.

Y le daré muerte fiera
como palabra me des
de que querrás ser después
en la corte mondonguera,
que es oficio ganancioso
y al fin se gana dinero.

ZARA

Como tú me des primero
la fe y palabra de esposo,
con solo que me acompañes
y en el campo me apadrines
haré que tus escarpines
en su ingrata sangre bañes.

Será bien para el viaje,
por amor de las barrigas,
llevar pan para hacer migas
y mudar galas y traje.

Y en hábito de españoles,
un paso detrás de otro,
nos iremos en un potro
devanando caracoles.

CELIMO

Trata a tu gusto y dispón
como mejor te parezca.

ZARA

Vamos, que antes que amanezca
he de estar en Alcorcón.

(Vanse y sale el rey don Alfonso, la infanta doña Urraca, Arias Gonzalo y el Cid, y tocan alguna música; siéntanse Alfonso y la infanta.)

ALFONSO

Tras tan insufrible guerra
y tras tan prolijo llanto
nada me agradará tanto
como unas turmas de tierra;

tienen no sé qué gustillo
que da apacible sabor.

URRACA

A mí me sabe mejor,
si está caliente, el caldillo.
Mas decidme, hermano mío,
¿cómo os ha ido en Toledo?

ALFONSO

Enfermé de roncar quedo
en un aposento frío,
mas luego convalecí
y cobré entera salud,
y aprendí a tocar laúd
y a gustar ajenjolí.

URRACA

Muchas cosas nos traeréis,
que dizque es ciudad muy rica.

ALFONSO

Traigo una gentil botica
para cuando vendimiéis,
unas botas de camino
sin capelladas ni cañas
y para las telarañas
un grande varal de pino.

Traigo un mico y una enana
para que os sirva de dueña,
y una mula de estameña
que come borra de lana.

Pero, lo que es más que todo,
traigo reliquias sin cuento
que topé en el aposento
del penúltimo rey godo.

Es un poco de la albarda
de la burra de Balán,
y del abuelo de Adán
un broquel y una alabarda;
la quijada con que un día
dio muerte Abel a Caín
y la suela del chapín

que fue de la Epifanía.

Del Levítico una gorra
con toquilla de bengala,
con una pluma del ala
del ángel que fue a Gomorra,
con otras cosas de precio
que si os las nuestro veréis.

URRACA
Suplico que nos las deis.

ALFONSO
Por poderlas dar las precio.

(Salen Celimo y Zara rebozados, y dice Zara.)

ZARA
¿Quién es aquí el rey Alfonso?

CID
¿No lo habéis visto, zamarro,
en lo galán y bizarro,
el cabello largo y tonso?

ZARA
A ti, Alfonso, el desleal,
el perjuro y atrevido,
el burlador de doncellas,
(¿quién tan gran maldad ha visto?),
el engañoso, el artero,
el que se precia de lindo
y es el peor de los hombres,
yo, el más agraviado, pido
batalla de cuerpo a cuerpo
y te reto y desafío.

Rétote el pan y la carne,
el aceite, el agua, el vino,
el repollo y berenjenas
con los nabos y el tocino.

Rétote el cuerpo y el alma,
el redaño y entresijo,
las rodillas y las corvas,
los renes, los intestinos.

Reto las ropas de lana
y las camisas de lino,
las botas y los zapatos,
los calzones y vestidos.

Rétote armas y caballo,
cabezadas, los estribos,
mochila y caparazón,
peto y espaldar morisco.

Reto en el campo las yerbas,
los prados, montes y riscos,
las lagunas y las fuentes,
los arroyos y los ríos.

Reto en el jardín las flores,
el jazmín y el junquillo,
la retama, el mirabel,
la mosqueta y el tomillo.

Reto en la cocina el cazo,
el mortero y el tornillo,
asadores y almirez,
azafrán, clavos, cominos.

Y reto, en fin, todo cuanto
tienes, tendrás y has tenido
así antes de nacer
como después de nacido.

Y a los que escuchando están
les pido, ruego y suplico
salga uno solo a tu lado
pues traigo solo un padrino.

CID

Para pedir campo a un rey
no basta un hombre cualquiera,
que según la ley del duelo
es menester que rey sea.

Y así, morillo arrogante,
podrás volverte a tu tierra,
que los reyes de Castilla
no entran con nadie en la guerra.

Y así cuanto tú has retado,
tácitamente o expresa,
yo lo vuelvo a desretar,
que así se usa en mi tierra.

Desreto el cuerpo y el alma,
el entresijo y las telas,
las barbas y las narices,
los oídos y las cejas.

Desreto el pan y la carne,
el repollo y berenjenas,
agua, nabos y tocino,
las coles y la manteca.

Desreto ropas de lana
y cualquier cosa de seda,
botas de camino y ligas,
escarpines y calcetas.

Desreto el caballo y armas,
peto, espaldar y rodela,
capacete, almete y gola,
bigote, celada y grebas.

Desreto el campo y los ríos,
montes, valles, fuentes, selvas,
los riscos y los peñascos,
las lagunas y las yerbas.

Desreto el jardín y flores,
mirabeles y azucenas,
junquillos, rosas, jazmines,
alelís y violetas.

Desreto de la cocina
los cazos y las calderas,
el almirez y el mortero,
cebollas, ajos y especias.

Desreto, en fin, todo cuanto
retaste con falsa lengua
y todo cuanto retares
si dos mil años vivieras.

Y porque las obras dan
testimonio, en las afrentas,
de las palabras mal dichas
-y no las palabras mismas-,
estése el rey mi señor,
que yo basto para treinta,
y aun si me amohíno un poco...

REY
Basta, Rodrigo.

ZARA
Quisiera
que fuera mi igual en armas.

CID
Yo soy igual a cualquiera,
excepto al rey mi señor.

ZARA
Y a mí.

CID
¿En qué?

ZARA
En que soy hembra.

ALFONSO
¡Zara!

ZARA
Señor.

ALFONSO
¿Eres tú?

ZARA
¿No lo echa de ver Su Alteza?

ALFONSO
¿Quién es esotro?

ZARA
Celimo.

CELIMO

¿Qué es lo que hace esta perra?

ALFONSO

Por Dios, no sé, estoy mortal,
que dizque vengarse intenta.

ZARA

Ahora es tiempo, don Alfonso,
que la mi honra me vuelvas,
pues sabes que te la di
a guardar una Cuaresma.

ALFONSO

Ya es otro tiempo, mi Zara.
Hoy soy rey y entonces era
un pobre infante; y así
desiste de tu querella.

Y si en mi reino queréis
quedaros a poner tienda
de buñuelos, miel y pasas,
daréos señalada renta.

Mas con condición que deje
Celimo la falsa seta
del fermentido Mahoma
y a la santa fe se vuelva.

CELIMO

Por lo que yo en ello gano,
y porque el alma se alegra
con la nueva conversión,
doy el sí por mí y por ella.

ALFONSO

Denles cuarenta ciudades,
y a Zara mis calzas viejas
para hacer un faldellín.

ZARA

Vivas más que una becerra

CORREO

¿Yo, señor, nací en las malvas?
¿Tu Majestad no se acuerda

del camino de Toledo
y de la cansada legua
de Cabañas, y la moza
que nos engañó en Illescas?

ALFONSO

Muy bien me acuerdo de todo:
de mis montes y mis huertas
te hago alcaide y juez,
que de esta suerte se premian
los vasallos que a sus reyes
sirven en la paz y guerra.

CORREO

Vivas seiscientos mil años.

ALFONSO

Vamos, porque aquí fenezca
El juramento cumplido,
y da fin esta comedia.

LAUS DEO